

ta y clara experiencia: goza o sufre de unas características que denotan esa determinada experiencia —residual, si se quiere, y el autor lo pretende— que desemboca y procede de la misma experiencia del autor. Lo que para muchos representa un lastre, para Fernando G. Delgado es una característica positiva. Me refiero a ese hispanoamericanismo del lenguaje y al tratamiento de la estructura narrativa. Ese mismo lenguaje, poética determinante de Delgado, está en *Lastenia* en progresión afirmativa con respecto a su primera novela, *Tachero*. Otra cosa es hablar del decorado, del ambiente de *Lastenia*, sustancialmente —al menos en apariencia— distinto del que se fragua en *Tachero*. Delgado huye, usando de un mismo lenguaje, para evitar con resultado positivo la estúpida parcelación agraria y regional que muchos hacen de la literatura.

Finalmente, un escritor —y es el caso de Delgado— convierte sus obsesiones, sus recuerdos, su archivo personal en el *strip-tease* de la palabra escrita: la novela es el relato irregular en el tiempo de la autobiografía —mental o experimental— del autor. Por eso es un escritor que comienza por querer serio y que corre los riesgos estimulantes que encierra la creación narrativa. Por eso es un escritor que, a través de sus ficciones escritas, quiere llegar a sentirse, a pensarse, a vivir como tal. *Exterminio en Lastenia* es, sin duda, su prueba de fuego. Y, al mismo tiempo, su prueba de fuego. Sin duda. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Caminos del Esla

EL Esla o Astura es un río que, como el ser aristotélico, se dice de muchas maneras. Juan Pedro Aparicio y José María Merino las buscaron todas en siete jornadas de camino, un rato en coche y otro andando. El resultado de este caminar es un libro: *Los caminos del Esla* (1).

(1) Juan Pedro Aparicio y José María Merino: *Los caminos del Esla*. Club Everest, Viajes y costumbrismo. Editorial Everest. Madrid, 1980. 272 páginas. Prólogo de Sabino Ordás. Fotografías de Francisco Díez, Ordoñez, Andrés Arroyo, Paisajes Españoles, Aparicio y Merino.

Lleva prólogo de Sabino Ordás, "patriarca indiscutido de las letras leonesas", que sufrió cuarenta años de exilio. Ordás —profesor en la Universidad americana de Salt Lake City— es de Ardón ("alfa y omega de León"). Allí, en el monasterio de San Justo y San Pastor, escribieron los monjes una "Noticia de Kesos": "el primer texto peninsular que se conoce en lengua romance".

Aparicio y Merino —cada uno por su cuenta— son autores de varios relatos. Y ese oficio se nota en este libro viajero, relato de tierras y, sobre todo, de gentes, paisaje habitado. Es también la crónica de una ruina (casi toda la vida rural española es una ruina): ese románico parcheado de hojalata que vemos en una de las excelentes fotografías; esos castillos que se van piedra a piedra; pórticos de los que se llevaron los fustes... También la gente se fue; a veces, expulsada por el agua de los pantanos. Los campesinos buscan su quijote en el pasado: así ese curioso periodista carlista don Antonio Valbuena, cuyo rastro levantan los autores. Y del pasado les cuentan en los pueblos: tal la historia "entreverada

de amor y sangre" de la Reina doña Constanza.

El libro tiene en ocasiones acentos poéticos (Merino es como un hermano de los poetas del grupo Claraboya, Luis Mateo Díez y Agustín Delgado, y él mismo es autor de dos libros de versos: "Sitio de Tarifa" y "Cumpleaños lejos de casa"). Y es poético por la exactitud de las descripciones, pues la poesía es siempre palabra justa y aun ajustada. Y estas descripciones tienen valor antropológico, como en el caso del chozo céltico de Pandetrave o en la búsqueda y recuperación (histórica) del hórreo, que desde ahora habrá que mirar con ojos no exclusivamente gallegos o asturianos... Y está también el pasado inmediato, casi presente: de pronto cabalga por allí don Federico Silva Muñoz, tan denostado por unos vecinos de Pedrosa como un jinete del Apocalipsis: "Ese de Benavente". Y el futuro, en los carteles de "Sayago nuclear", un Sayago más pobre aún. Sayago, la tierra donde naciera el jonsista Ledema y que estudiara con tanto amor el americano Arguedas, según contaba el malogrado escritor español Justo Alejo. ■ V. M. R.

José María Merino, izquierda, y Juan Pedro Aparicio.



Gimferrer, Premio Anagrama de Ensayo

PERE Gimferrer ha obtenido, por unanimidad del Jurado, el VIII Premio Anagrama de Ensayo, fallado en Barcelona el pasado 21 de marzo, con su obra *Lecturas de Octavio Paz*.

Gimferrer estaba ya en posesión de los Premios Nacional de Poesía Castellana, Lletres d'Or al mejor libro catalán del año, el internacional de ensayo Gertrude Stein y —por dos veces— el Josep Carner, otorgado por el Institut d'Estudis Catalans.

Lecturas de Octavio Paz, lejos de proponer una "lectura" global y sintetizadora del autor —Octavio Paz—, aspira a aislar sus resortes expresivos y su concepción del mundo y de la poesía. De ahí su título plural, "lecturas", que podría resumirse en el propósito de reconstruir, en la operación de la lectura, los procesos y mecanismos internos de la escritura. ■

TEATRO

"Contradanza"

TEATRO estreno de autor español. No sé hasta dónde andan las subvenciones, la moda o la mala conciencia de por medio. Pero quizá eso —aunque a más de un autor, a la hora de sentirse por primera vez solicitado, le preocupe— sea lo de menos. Lo importante, me parece, es que ese teatro "salga", se haga, llegue al gran público y conforme el oportuno discurso estético, con todas las rectificaciones que hagan falta. Necesitamos un teatro que sea nuestro y que sea bueno. Y eso no se consigue de repente.

Por lo demás, es evidente que la inmensa mayoría del teatro español de autores vivos tiene un mismo tema: la represión. Nuestros protagonistas no son casi nunca vencedores, sino vencidos o víctimas que dramatizan las causas de su aniquilamiento y llegan, cuanto más, a no perder una oscura esperanza. Las represiones son distintas y cada autor habla de las que más le duelen, pero, ahondando, ahondando en

la cuestión, nos encontraríamos con un mismo antagonista, con un mismo pensamiento, del que emergen, en distintas direcciones, las correspondientes representaciones.

"Contradanza" es, en primera instancia, una defensa de la libertad erótica. Si trascendemos la anécdota, de la libertad en términos más generales. También las heroínas lorquianas parecen

defender el instinto y acaban enfrentándose con el pensamiento social dominante.

Francisco Ors imagina algo decididamente audaz. Citando nombres de la Corte de Inglaterra, utilizando el recurso romántico y conocido de una sortija que debe ser lucida por un personaje que ya no la tiene en su poder, ligando la intriga con cierto aroma tenebroso, moviéndose dentro de

las convenciones de tanto "teatro histórico", imagina, digo, que la Reina Isabel de Inglaterra, la poderosa hija de Ana Bolena, era, en realidad, un hombre, obligado durante toda su vida a fingirse mujer. De ahí las extrañas relaciones de la Reina con cuantos le rodean, y el episodio con lord Enrique, de quien se enamora y a quien revela su condición de hombre. El lord, al

principio, naturalmente, se escandaliza y asusta. Pero pronto acaba aceptando la relación homosexual como vía hacia el poder. Dispuesto a casarse con Isabel, manifiesta al mismo tiempo hacia ella (él) un creciente desprecio. Condena duramente la homosexualidad de otros personajes y pasa la suya por alto ante la posibilidad de llegar a ser Rey. La perspectiva moral se invierte. Y frente al sucio utilitarismo del lord, el sincero amor de Isabel aparece en la obra como una virtud.

El final melodramático deja, sobre el último cadáver, la afirmación de que el mundo está lleno de asesinos que violentan el amor. El que se trate de un amor homosexual sería, en el pensamiento de Ors, secundario, puesto que, en definitiva, lo que se quiere plantear es, una vez más, el conflicto entre eros y civilización, entre el instinto y un determinado código social. El "Equus" de Shaffer, que atrajo a tantísimo público, era, bajo la alegoría del caballo, un planteamiento del mismo tema y desde el mismo punto de vista.

Por lo demás, Ors, y creo que José Tamayo, han planteado la historia sin ningún énfasis. La condición masculina de Isabel y su homosexualidad son presentadas como dos elementos más de la fábula. Otros personajes insisten en el tema, pero siempre como algo natural, que la hipocresía, la crueldad o la rigidez de la Corte obligan a ocultar para sobrevivir. Yo no sé si la obra merecerá otros montajes y nuevos directores se detendrán en el carácter insólito y un tanto torturado de la historia. No ha sido este el caso de Tamayo ni de la inmensa mayoría de sus actores, que parecen metidos en un episodio de "Los tres mosqueteros". Quizá sea una opción estilística totalmente coherente con la propuesta de Ors, empeñado en no dar excesivo relieve a la extraordinaria —¿o no?— situación imaginada. Sólo José Luis Pellicena, en un arriesgado y meritorio trabajo (Isabel), consigue romper el "argumentalismo" de la obra para hacernos sentir el problema. Una obra, en fin, extraña, bien escrita y sorprendente. Que aborda uno de los grandes tabúes con el desparpajo de quien da por hecho que se trata de un secreto que todo el mundo conoce... ■ JOSE MONLEON.

ADIOS A LAS LETRAS

Reflexiones de Sancho

MUCHO más subversivas son las respuestas que los católicos practicantes españoles han dado a un reciente e "irreverente" artículo del filósofo Fernando Savater que el artículo mismo. Sancho hubiera quedado estupefacto ante la capacidad que sigue teniendo la Iglesia española para topar frontalmente contra aquello que más le duele.

Es difícil resumir el artículo de Savater, que fue publicado en el diario "El País", porque el dichoso trabajo sobre costumbres nacionales del citado escritor no era un simple tratado filosófico, resumible en premisas, tesis, antítesis y memorandos. Era, más bien, el ejercicio de una memoria colectiva escrita a boca de jarro.

A los eclesiales les ha sentado mal. Bertrand Russell hubiera hecho una sentada ante "El País", en una calle bastante poco inglesa, la verdad, apoyando la iniciativa de dar luz verde al artículo, porque el canoso liberal inglés explicó, casi como Savater, pero en británico, cómo hay que atarle los cuernos a la intolerancia.

De entre todos los eclesiales que han respondido, amargamente, a Fernando Savater está José María González Ruiz. Tuvo el canónigo malagueño lo que se llama un "lapsus linguae", porque pensó lo mismo que Savater, lo escribió de otra manera, lo envió a la imprenta y luego notó que, confrontados ambos trabajos —el de Savater se titulaba *Osadía clerical* y el del canónigo se llamaba *Yo también soy anticlerical*—, había sustanciales parecidos, por lo que decidió apostillar-lo, en posdata, con una suave recomendación al filósofo: sé menos vehemente, amigo, vino a decirle, en un tono que contrastaba con el usado por quienes han pedido la cabeza donostiarra del autor de *Criaturas del aire*.

Esta revista le reprochó recientemente a Fernando Savater que acudiera demasiado al libro y dejara el artículo periódico. Después de observar la sacudida nacional que ha provocado su última aparición pública, habrá que ir pensando en corroborar lo que dice esta revista y pedirle a Savater que se prodigue un poco más. A este país le fal-



Fernando Savater.

tan críticos de la vida cotidiana que se fijen en las instituciones imperturbables. Imperturbables porque no han sido perturbadas. Perturbar debe ser la actividad exigible al intelectual español de ahora. Ya que el Parlamento ha llegado a conseguir la sagrada fórmula del consenso para que las aguas no se enturbien, que sean los responsables de la escritura y la cultura los que recojan la necesidad de perturbación que, en este campo, tiene la vida española.

Se habla ahora de lo que ha ocurrido después de la muerte de Franco para que nos sintamos felices los que esperamos la caída de la dictadura para empezar a respirar un poco. No ha pasado casi nada hasta que no han empezado a ser tocadas las instituciones intocables. Cuando éstas se acostumbren a ser criticadas, denostadas, vueltas del revés, asustadas y colocadas en su sitio, empezará de verdad España a ser un país tolerante, habituado a la crítica y a la risa. ■ SILVESTRE CODAC.